

Este Jesuita habia visto de cerca y tenido ocasion de estudiar la lepra de la mendicidad, y á fin de comenzar á curarla trata de fundar algunos talleres, donde reune á los indigentes. No cuenta con otro apoyo que el de su elocuencia y caridad; pero bástanle estos elementos para triunfar de las malas inclinaciones, de la ociosidad y del desenfreno; y como por otra parte estaba dotado del don de la persuasion, no tardó en arrastrar en pos de sus huellas á los menesterosos, revelándoles el precio del trabajo, y enseñándoles que aquella existencia vagabunda era un gravámen para ellos y para el país. Desde el año de 1650 al de 1697 recorrió la Francia en todas direcciones, creando ciento seis asilos de mendicidad, y aplicándoles los mas sabios reglamentos; al paso que los mendigos, consolados y animados ya, no desesperaban del cielo ni de los hombres. Los gobernadores de las provincias, los obispos y demás poderosos de la tierra llamaron al seno de sus ciudades al Jesuita que los habia tomado bajo su salvaguardia, con el objeto de fundar establecimientos semejantes: extendiéndose de tal modo la reputacion de este protector de la indigencia, así como su aptitud para dominar por medio de una bondad siempre ingeniosa á estos seres infortunados, á quienes la ociosidad ó el hambre impelia al vicio ó al crimen, que no tardó en atravesar los Alpes. Entusiasmado Inocencio XII al oír el relato de las maravillas de un hombre que, sin mas haberes que su caridad, habia sabido fecundizar el terreno de la beneficencia, concibe el grandioso proyecto de fundar en su capital la obra que aquel habia organizado en Francia. No contento este Pontífice con transformar en hospicio su palacio de Letran, ni satisfecho su celo con imitar al Jesuita, quiere que este aplique por sí mismo las reglas que ha prescrito á los anteriores, porque desea escuchar de su boca los recursos que hiciera brotar su celo. Llega el Padre Chaurand á Roma; el Papa habla con él diferentes veces de su proyecto; cólmale de testimonios de afeccion, y le admira en su caridad; y cuando el Jesuita murió poco después, el 19 de noviembre de 1697, en el noviciado de Aviñon, no por eso se extinguió su pensamiento creador. Otros Padres del Instituto siguieron sus huellas, y supieron estimular la generosidad del rico, al paso que fecundizar el trabajo del pobre.

Nada era ajeno á la caridad de los Jesuitas: encontrábanse do quiera, y do quiera existian grandes cosas que emprender: su

Orden habia pasado á ser un semillero de sabios, de misioneros, de confesores de reyes é instructores de los pueblos. Cada una de las ciudades de Champaña y Lorena les ofrecia una nueva casa. En 1665 fue creada en Reims una segunda cátedra de filosofía; los habitantes de la antigua ciudad de san Remigio votan una iluminacion general para honrar á la Compañía de Jesús; y Carlos de Linoncourt, marqués de Blainville, renuncia á su inmensa fortuna para entrar en el Instituto; pero tambien en el intervalo de algunos años llena la muerte de luto á la Compañía. El 5 de junio de 1667 fallece el Jesuita-cardenal Pallavicini, uno de los historiadores mas eruditos del catolicismo, en una edad poco avanzada todavía; el 27 de junio de 1673 espira el P. Tomás Villers, después de cincuenta y tres años de afanes apostólicos; el 9 de enero de 1677 sucumbe el P. Edmundo Joyeuse sobre la brecha de la enseñanza y la predicacion, y últimamente, la ciudad de Dijon llora la pérdida del P. Juan Bantista Châteaubornay.

Tambien en esta época, en que el genio de la caridad tomaba, como el de la historia, la poesia y las artes, formas colosales y gigantescas, vieron salir de sus filas los Jesuitas un orador, digno rival de Bossuet, Flechier y Massillon, en su colega Luis Bourdaloue. Nacido en Bourges en 1632, comunicó un esplendor al púlpito, que jamás ha podido debilitar el tiempo. Luis XIV contaba en su ejército generales tales como Condé, Turená y Schomberg; mientras que Vauban fortificaba las fronteras del reino, se hallaban Tourville y Forbin al frente de sus escuadras; en el número de sus ministros y embajadores estaban un Louvois, un Colbert, de Avaux, de Estrades y Torcy. La magistratura contaba entre sus filas un Ormesson, un Aquiles de Harlay, Lammoignon, Talon, Joly de Fleury y de Aguesseau. El duque de Montaussier y Bossuet educaban á su hijo; Mansart y Perrault construian sus palacios; Lebrun trasladaba al lienzo las victorias inmortalizadas ya por las musas. Creaba tambien la Academia de pintura y escultura, el observatorio de Paris y el jardin botánico. Luis ordenaba á Tournefort que emprendiese sus doctos viajes. Á su voz abandonaban su patria Cassini y Bernouilli para enriquecer con sus talentos al reino de Francia. Corneille, Racine y Boileau escribian sus obras maestras: Molière ponía en ridículo los vicios de su tiempo, y Bourdaloue aparecia para combatirlos con la razon cristiana. Este Jesuita de frente severa, aunque do-

tado de una alma grande y benévola, se sienta desde que pronuncia su primera palabra en la misma altura de tantos hombres gloriosos. Pero no es la celebridad lo que busca: no ha cifrado su ambicion en los aplausos del mundo. Llamado por su posicion á distribuir la instruccion evangélica, si paró la atencion en los excelentes modelos que tenia á la vista, fue para igualar y aun sobrepajar á un Mascaron, un Flechier y un Bossuet. El Jesuita les igualó, les aventajó á todos, haciendo entrar en una nueva via la elocuencia sagrada. En medio de un siglo en que las obras del talento eran acogidas con tanto entusiasmo, fue Bourdaloue algo mas que un orador; hizose apóstol mucho mas por la santidad de su vida que por la eminencia de su talento. El ejercicio habitual de su ministerio, la direccion de las almas, sus continuas y prolongadas visitas á los enfermos, y el amor que profesaba á los indigentes, le comunicaron ese conocimiento del corazon humano que en él ha sido tan celebrado, y que parece formar un tratado de moral práctica de cada uno de sus discursos. Mostrábase el pueblo tan ávido de oír sus doctrinas, que segun el testimonio de madama de Sevigné<sup>1</sup>, se llenaba la iglesia dos dias antes de la hora en que debia distribuir el pan de la divina palabra. «Acabo de oír la Pasion de Mascaron, escribe el 27 de marzo de 1671, por haberme sido imposible asistir, á pesar de mi gran desseo, á la que ha predicado Bourdaloue, á causa del inmenso gentío que obstruia las puertas del templo, donde estaban los lacayos desde el Miércoles Santo.»

Como predicador de la corte, tenia que desempeñar por precision deberes austeros. La admiracion de que era objeto el Monarca; el éxito que do quier coronaba los esfuerzos de sus generales y diplomáticos; los grandes acontecimientos y grandes hombres que nacia en derredor suyo, todo habia contribuido á persuadirle que era superior á los demás hombres. Colocado en tan alto puesto por el esplendor de su reinado, esperaba legitimar sus pasiones delante de Dios con la misma facilidad que las hacia adoptar por sus aduladores y por la Francia entera. La marquesa de Montespan habia sucedido á la señorita de Lavailliere, transfor-

<sup>1</sup> «Bourdaloue está tronando en San Jaime de la Boucherie, escribe por segunda vez madama de Sevigné en 27 de febrero de 1679; siendo tales las apreturas y confusion, que todo el comercio de aquel barrio se halla interrumpido.»

mada ya en carmelita, y expiando su ventura de un dia con eternos remordimientos. Todo el mundo callaba ante este doble adulterio; la corte entera se humillaba á los piés de la favorita; mas Bourdaloue creyó que importaba en gran manera á la dignidad de su ministerio hacer escuchar al Rey una animosa advertencia. Aprovechó la ocasion un dia, en que predicando en su presencia, y explicando por acaso la parábola de Natan, osó aplicársela directamente, y mas de una vez durante el discurso sonó en sus oídos aquella terrible expresion: *Tu es ille vir*<sup>1</sup>, que hizo tanto eco en otro tiempo en el corazon del Rey profeta. Luego que salió Luis de la capilla real, preguntó á sus cortesanos qué es lo que el Jesuita habia querido decir. Los cortesanos permanecen mudos, cuando de repente el duque de Montausier, cuya rigida franqueza no conoce miramientos: «Á V. M., exclamó, es á quien ha dicho: Tú eres aquel hombre.» Á esta respuesta el Rey no pudo contener un movimiento de indignacion; mas después de haber reflexionado algunos instantes:

«Señores, dijo, el P. Bourdaloue ha cumplido con su deber; cumplamos nosotros con el nuestro.» Desde aquel dia pareció haber entrado Luis en una senda menos fecunda en escándalos de familia.

Á principios del año de 1670 el P. Annat, que fue el director espiritual del Monarca durante el período de diez y seis años, creyó que ya no le permitia su ancianidad ofrecer á este Principe unos consejos que no siempre aceptaba; y abandonó la corte resuelto á morir como simple religioso, y pasó á reemplazarle el P. Juan Ferrier, Jesuita tambien, y natural del Rouergue. «Pequeño de estatura, pero grande en el talento,» dice Amelot de la Houssaye<sup>2</sup>, llegaba este Jesuita en circunstancias difíciles. Sin hallarse dotado de la mansedumbre llena de austeridad del Padre Annat, ni de la elegante amabilidad del P. Lachaise, poseia cualidades mas pronunciadas. Sabia que el Soberano en medio de los extravíos del corazon conservaba un profundo respeto al catolicismo, y se atrevió á exigirle que diese de ello un solemne testimonio: «Mas de una vez, dice Choisy en sus *Memorias* (tomo LXXIII, pág. 174), con escándalo del pueblo, pero con edificacion de los sugetos prudentes é ilustrados, el Rey ha prefe-

<sup>1</sup> Algunos escritores han atribuido á Mascaron estas enérgicas palabras.

<sup>2</sup> *Memorias* de Amelot de la Houssaye, tomo III, pág. 290.

«rido alejarse de la sagrada Mesa, á pesar de la política, que «acercarse indignamente á ella.»

Empero con la esperanza de una conversion prevista, el Jesuita, á quien sus funciones de confesor del Rey llamaban al manejo de los asuntos religiosos, se ocupó de la prosperidad de la Iglesia y de los intereses del clero. Amaba al Instituto de san Ignacio con todo el entusiasmo de un Jesuita; pero si se ha de dar crédito al citado Amelot de la Houssaye, quien conoció mucho á este Padre, jamás pretendió servirle por medio de injusticias, ni de favores. «Frecuentemente, dice este analista <sup>1</sup>, le he oido decir á otros Jesuitas que trataban de hacerle entrar en sus que-«rellas para apoyarse después en su crédito, que el Rey no le «habia nombrado confesor suyo para ser abogado de malas causas.» Semejante independencia de carácter, sostenida por una firmeza que jamás llegó á desmentirse, provocó mas de una queja. Al descargarse Luis XIV del cuidado de los nombramientos eclesiásticos, en un consejo de conciencia de que formaba parte el P. Annat, fue llamado á él Ferrier con el mismo título; mas pronto no se contentó, dicen los adversarios de la Sociedad, con su voto aislado. Separó al nuevo arzobispo de Paris Francisco Harlay, y arrogándose insensiblemente una autoridad preponderante, pasó á ser el canal de todas las gracias, y el promotor de todos los nombramientos.

Era una especie de ministerio creado por Luis XIV, el cual creyó mas conveniente confiarlo á un sacerdote incapaz de ambicionar nada, en vez de hacerlo á unos prelados cuyas familias ó amigos no cesarian jamás de solicitar tanto para sí como para los demás. Este derecho de disponer de los beneficios y obispados no podia menos de suscitar numerosos descontentos. El Jesuita, sin embargo, continuó su mision sin preocuparse; y haciendo hasta el último dia elecciones que siempre fueron aprobadas <sup>2</sup> por el Soberano, falleció el 29 de octubre de 1674 en la casa profesa de Paris.

<sup>1</sup> *Memorias de Amelot*, tomo III, pág. 290.

<sup>2</sup> Durante su última enfermedad, dicen Choisy en sus *Memorias*, y Oroux en la *Historia eclesiástica de la corte de Francia*, envió á decir Ferrier al obispo de Marsella (Forbin de Janson), embajador á la sazón en Polonia, que le habia elegido para el arzobispado de Sens; pero seis dias después mandó que le escribiesen que no podia cumplirle la palabra porque, creyéndose próxi-

Habiendo pasado á ser un puesto eminente el título de confesor del Monarca, importaba en gran manera á los ambiciosos poner en él á un hombre segun su corazon. Todavía deliberaba la Sociedad sobre la demanda de Luis XIV, que la pedia un sacerdote justo y prudente, cuando el mariscal de Villeroy le hizo aceptar al P. Lachaise, cuya rectitud, dulzura y capacidad habia elogiado mas de una vez en su presencia. Annat y Ferrier se habian visto precisados á mezclarse en los asuntos de la Iglesia, habiendo este último sido arrastrado como por una pendiente insensible á ser su árbitro exclusivo y casi absoluto. El confesor, por su posicion, se transformaba en personaje político, en dispensador de los favores, y en soberano de las gracias; y como el crédito que semejantes funciones hacian resaltar sobre un individuo de la Compañía era atribuido á toda ella en masa, porque todos y cada uno la miraban como solidaria de las virtudes ó errores de sus miembros; de aquí es que su poder era palpable, lo que á nuestro modo de ver fue una enorme falta. Al aceptar una pesada carga, cuya responsabilidad hubieran declinado los PP. Auger, Coton, Lamormaini y Caussin, se apartó la Sociedad de san Ignacio del principio sentado por Aquaviva, y sobre todo por su Fundador. Vióselo encargarse por uno de los suyos de la distribucion de los beneficios; lo que, ya de grado ó por fuerza, venia á ser sinónimo de introducirse por una puerta entreabierta en la administracion de lo temporal y en el gobierno de las cosas del mundo, cuando los Jesuitas debian permanecer ajenos á todas estas cosas. Tal vez las necesidades del momento, la voluntad de Luis XIV, la precision de dar garantías al episcopado, ó la confianza que les dispensaba la Santa Sede, pudieron violentar una determinacion que destruia todo un pasado de sacrificios; pero no por eso habrá dejado de adquirir la historia un derecho para decir que los PP. Ferrier y Lachaise se encargaron de unas funciones declaradas incompatibles con los cuatro votos por la misma regla del Instituto. Hubiérales tenido mas cuenta no salir jamás de la media oscuridad en que habian permanecido hasta en-

mo á parecer delante de Dios, se reputaba obligado en conciencia á colocar en la mencionada silla á un pastor que estuviere en estado de residir en ella. La víspera de su muerte envió al rey la lista de los beneficios vacantes, llenas las casillas de nombres que juzgaba dignos de ocuparlos, y dícese que S. M. hizo pocas variaciones en ella.

tonces, que venir á proclamar su autoridad á la faz del mundo. Esta autoridad no era ya dudosa; ella se revelaba por sus servicios, por sus trabajos y martirios, sin que necesitase, para evocar nuevas agresiones, ser consagrada por un esplendor oficial que nada podía añadir á su fuerza verdadera. Verdad es que de este modo cambiaban sus condiciones de existencia, invistiéndola de un poder que hasta entonces nadie habia osado soñar; pero esta misma pujanza encerraba una ocasion próxima de caida. Interesa por lo tanto estudiar qué uso hicieron del poder que les otorgaron los acontecimientos los confesores de Luis XIV.

Francisco de Lachaise, nacido en Forez el 25 de agosto de 1624, era sobrino de los PP. Coton, célebre á causa de la amistad que le profesaba Enrique IV, y del P. Francisco de Aix, afamado por su ciencia y la austeridad de sus costumbres. Después de haber recorrido este Jesuita las carreras que conducen á la profesion de los cuatro votos, fue elegido provincial de Lyon, y nombrado en seguida confesor del Rey á instancias del mariscal de Villeroy, y Camilo su hermano, arzobispo de Lyon, quienes por esta vez estuvieron muy acertados. «El P. Lachaise, dice Saint-Simon<sup>1</sup>, «y por cierto que en boca de este sugeto no puede ser sospechoso «el elogio de un Jesuita, el P. Lachaise no pasaba de ser un «lento mediano, aunque se hallaba dotado de un carácter bueno, «justo, recto, sensato, prudente, afable y moderado; era enemigo «de la delacion, de la violencia y del ruido; era honrado, bueno y humano, y se le encontraba siempre cortés, modesto y «muy respetuoso. Tribútasele por do quiera este testimonio, por «que era obsequioso, justo, no vengativo ni emprendedor, muy «Jesuita; pero sin odio ni baja: conocia á los suyos mas de lo «que lo daba á entender, pero que entre ellos era uno de tantos. «El Rey acostumbraba referir una réplica de este Padre que hon- «ra por cierto mas al uno que al otro: *Un dia, dice, le echaba en «cara que era demasiado bueno. — No es que sea yo, me contestó, «demasiado bueno, sino que vos sois demasiado severo.*» Fue por largo tiempo el distribuidor de los beneficios, é hizo bastante buenas elecciones. «Dotado, añade Saint-Simon, de una figura interesante y noble, al paso que justo en la decision de los negocios, activo, diligente y persuasivo; ocupado incesantemente «sin parecerlo jamás; desinteresado hasta lo sumo, aunque muy

<sup>1</sup> *Memorias del duque de Saint-Simon, tomo XIX, pág. 18 y 21.*

«adicto á su familia; fácil en retroceder cuando habia sido engañado; ardiente en reparar el mal ocasionado por sus yerros; «juicioso por otra parte y muy circunspecto, jamás causó daño á «nadie, á no ser precisándole á tomar la defensiva. Los enemigos mismos de los Jesuitas se han visto obligados á hacerle esta «justicia, y á confesarle por un hombre de bien, honradamente «nacido y muy digno de ocupar su puesto.»

Tal es el retrato que del P. Lachaise nos dejó trazado la satírica pluma de Saint-Simon, que tambien aceptamos nosotros; pues aunque en él se hallan limitados los elogios por ese sentimiento de egoismo, que no permitia al escritor noble apreciar ó admirar sino lo que rozaba con sus parientes ó con su rango, entre sus mismas acriminaciones se descubre no obstante una imparcialidad relativa. El P. Lachaise ha pasado á ser, mediante la influencia que ejerció sobre Luis XIV, un personaje célebre, aun en medio de las celebridades de toda especie que rodeaban el trono: ha tomado parte en los sucesos de este reino; ha aconsejado y dirigido algunos; pero le acusan de haber inspirado muchos mas: está su nombre tan íntimamente enlazado á la historia francesa del siglo XVII, que mal informados en las fechas, ó poco exactos tal vez algunos autores, han tratado de mezclarle en las intrigas de la corte en ocasion que el Jesuita residia aun en Lyon, de donde no salió para dirigir al Monarca hasta principios del año de 1675<sup>1</sup>. Era Lachaise uno de esos hombres á quien los es-

<sup>1</sup> Léese en el *Diccionario histórico-crítico* del protestante Bayle (artículo *Annat*, nota B), la rectificacion de mas de un error en lo respectivo al P. Lachaise. «Una sátira impresa en Colonia en 1693, bajo el epígrafe de *Historia del P. Lachaise, Jesuita y confesor de Luis XIV*, asegura que habiendo servido mucho este Padre para inclinar el ánimo del Papa á otorgar cuanto el Rey deseaba de Su Santidad, con motivo del insulto hecho á la Francia por «la guardia corsa, en recompensa de este servicio le prodigó mil halagos el «cardenal Mazarini, quien le recomendó al Monarca, y le admitió en vida «suya en el Consejo de conciencia, lo que venia á ser sinónimo de hacerle «coadjutor del confesor; llegando el descaro de los autores de este papelucho, «dice Bayle, á colocar estos hechos en los años del 1663 al 1665. ¡Hé aquí lo «que se llama saber la historia moderna! ¿Quién habrá que ignore que el cardenal Mazarini falleció en 1661? Añádese que el P. Lachaise suplantó en 1667 «al P. Annat, pasando á excusar con la enfermedad de la naturaleza los amores del Soberano con Lavalliere, al paso que su antecesor amargaba sus días «y no le permitia un punto de reposo. Confieso que no concibo semejante audacia; mucho mas cuando es público y notorio que el P. Annat no se despi-

14\*

tudios é inclinaciones pacíficas vuelven moderados, y cuyo carácter no se hubiera fácilmente prestado á la vivacidad de las luchas religiosas ó políticas. Careciendo de ambicion personal, y sin fausto, se resignaba al poder meramente por obediencia. Habia adquirido en la escuela de los Jesuitas una piedad sincera, incapaz de excluir el buen humor y esa especie de sibaritismo intelectual que tan pronto comunica al alma una ventura demasiado uniforme. Apreciaba las artes y los literatos, siendo uno de sus mas dulces placeres la conversacion con sugetos instruidos; y tanto por la belleza de su fisonomía como por la elegancia de sus modales, parecia como de molde para ocupar un puesto distinguido aun al lado de Luis XIV.

Los primeros años que se siguieron al nombramiento del Padre Lachaise no constituyen época en los anales del Instituto por ningun hecho notable. Todavía no habia tomado el confesor sobre su real penitente aquel prodigioso ascendiente que debió Annat á una bondad casi paternal, y que conservó Ferrier por medio de una rigidez emanada mas bien del claustro que de la corte. El hastío de los placeres habia despertado el remordimiento en el corazon del Monarca; pero aquel se manifestaba solo por intervalos, y el Jesuita no se atrevia á sancionarlo á los ojos de la Iglesia. Sin embargo, lleno de prudencia hasta en sus escrúpulos, trataba de paliarle bajo ciertas razones de salud, cuya insuficiencia á nadie se le escapaba. «El cumplimiento pascual, dice Saint-Simon, le causaba mas de una vez enfermedades de política durante los amores del Rey con madama de Montespan. Una vez entre otras le envió en su lugar al P. de Champs, quien le rehusó con energía la absolucion.»

Sin embargo, el P. Lachaise se habia ido granjeando poco á poco la confianza de Luis. Versado en la ciencia de las medallas<sup>1</sup>, al paso que estudiaba con él la historia sobre estos monu-

«dió de la corte hasta el año de 1670, entrando á reemplazarle un Jesuita del Rouergue, llamado el P. Ferrier, á quien, después de su muerte, reemplazó Lachaise. ¿En qué pensarán esos hombres que publican tan groseras falsedades? ¿Y cómo no ven que arruinan su principal objeto? *Est ars etiam maledicendi*, decia Scalligero, etc.»

<sup>1</sup> La ciencia numismática debe al P. Lachaise, segun la expresion del literato Boze, una gran parte de los progresos que logró hacer en el siglo XVII. Al dedicarle Vaillant su *Historia de los reyes de Siria por las medallas*, declara en esta obra que debe al Jesuita su idea y perfeccion. El protestante Spon,

mentos de lo pasado, sabia en medio de estas ocupaciones y con una destreza infinita desprenderle insensiblemente de la marquesa de Montespan. Otorgóle el uso de los Sacramentos en la Pascua de 1680, y desde esta época empezó á subir como la espuma el crédito de Lachaise, asi como el de madama de Maintenon: tambien desde esta época datan las cuestiones religiosas transportadas al campo de la política. Habia dispensado la naturaleza á Luis XIV un don de autoridad que la España, el Austria y la Inglaterra, rivales de la Francia, se vieron precisadas á reconocer. Tan repetidos triunfos habian tan bien legitimado su orgullo, que la nacion lo tuvo á su vez en aceptarlo. Tenia Luis una fe tan ciega en su poder, que llegó á persuadirse que su voluntad debia ser mirada en todas partes como ley, y ni aun consigo mismo discutia sobre el principio de su autoridad, á que todos se sometian sin reflexion.

Hallábase á la sazón en la cátedra de san Pedro un Pontífice, á quien pretensiones quizás mal definidas guiaban por una senda enteramente opuesta á la seguida por Luis XIV. Inocencio XI, de la familia Odescalchi, habia sido elegido Papa en 21 de setiembre de 1647. Dotado de un carácter altanero, de una inteligencia activa, aunque sin educacion primaria esmerada, y mostrando en todos sus actos la inflexibilidad de su virtud, era el nuevo Pontífice austero al par que piadoso; pero no tenia en sí cosa alguna que pudiese justificar el dicho de Maquiavelo: «El universo pertenece á los espíritus frios;» palabra profunda de paciencia que parecia haberse sustraído á la política de la corte de Roma en los asuntos terrenos. Íntimamente adicto á los derechos de la Santa Sede, los sostenia con una rigidez y severidad, que debian con precision ofender la susceptibilidad de un príncipe, á quien la Francia entera consagraba una especie de culto: era, dice Arnould, una columna inamovible, una roca inalterable. Luis XIV conocia el carácter de este Soberano, cuya eleccion habia procurado neutralizar; y como, á pesar de su filial sumision á la Iglesia, era inaccesible en lo relativo á los privilegios de la corona, hubiérase dicho que solo se ocupaba de acechar una ocasión pa-

que tambien le dedicó la relacion de sus viajes, rinde este tributo de homenaje, no al Padre de la Compañía de Jesús, sino al erudito Lachaise. (Véase el elogio que hace de este Jesuita la *Historia de la Academia de las inscripciones y bellas letras*, de la que fue individuo).